



VII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2005.

CATEGORÍA JUVENIL: Segundo Premio

Relato premiado: *“Grisón y Selago”*.

Autor / a: Alba Otin Lafuente. Movera (Zaragoza).

GRISÓN Y SELAGO

La tormenta de granizo azotaba con fuerza La Diezma. Cuatro siluetas ascendían dificultosamente los desniveles de las colinas, tropezando cada dos por tres, y forzadas a caminar curvadas hacia delante para que el viento no las arrastrase colina abajo. Las frías piedras de hielo rebotaban en sus caras sin permitirles abrir los ojos. Iban a ciegas. Pero Ernesto había sido claro:

-Aunque nieve o diluvie, os presentareis en el lugar acordado. Ninguno de los cuatro se había atrevido a replicarle aunque llevara más de dos días de tormenta. Su fina y cuidada barba blanca imponía respeto y miedo a la vez que orden y calma. Ahora, en esas condiciones, no les quedaba otro remedio que maldecirle, aunque eso sí, en voz baja. Aquel hombre era muy venerado en la aldea y no se quejaban de él ni delante de sus mejores amigos.

Los cuatro eran hombres. Vestían túnicas marrones, recias y que no llegaban a tapar los tobillos. Herméticamente cerradas no ofrecían ni un resquicio al frío viento. Los Gruesos trajes de soldados del reino de Aragón les protegían completamente. Todos llevaban la capucha puesta y caminaban sin mirar atrás, como intentando escapar de algo que les perseguía. El segundo de los hombres transportaba una alargada caña, poco pesada pero que el viento quería arrebatarse de las manos. En un descuido, Pascual, Había tenido que correr ladera abajo tras el trozo de junco, y por eso ahora se aferraba a ella como si la vida le

fuera en ello. Detrás de éste, dos de sus compañeros cargaban una caja de madera oscura reforzada por los cantos con un metal bastante brillante y rojizo.

-Tiene pinta de ser muy pesada- dijo Tomás riéndose cuando la vio por primera vez. Ahora, mientras la llevaba de un asa, lamentaba su acierto. Llevaba un cíngulo rojo sujetándole la túnica. El hombre que le ayudaba con la carga se hacía llamar José, aunque pronunciaba la s raro y todo el mundo sabía que era un habitante del sur, y esto no gustaba entre la población. Era moreno, muy alto y con la piel oscura.. Debajo de la capucha –que llevaba siempre puesta desde que se alistó en el ejército –ocultaba un largo y negro pelo. Se sentaba en lugares oscuros para pasar desapercibido ante los borrachos de las tabernas. Tenía los brazos fuertes y él llevaba casi toda la carga. Aún así, Tomás se quejaba.

El que mandaba sobre los tres era el hombre que iba primero. Todos le llamaban teniente. Llevaba un farolillo de aceite que alumbraba vagamente y que no dejaba de apagarse. Continuamente tenía que parar a encender la mecha de nuevo

El lugar escogido por el capitán era una de los muchos pequeños refugios de piedra que se podían encontrar en los alrededores del pueblo. El que Ernesto había elegido, era el de más difícil acceso. No era el más reciente, ni el que más escondido estaba, pero sí el que más lejos quedaba de la aldea. Y ahí, en medio de los prados, distinguieron a los soldados del rey, apostados junto a las extrañas construcciones de piedra que parecían desafiar la gravedad.

Una seña distinguida por el teniente, hizo a los demás apretar el paso. Llegaron todos destrozados, excepto José, que se paró un instante para soplar una especie de silbato de madera que llevaba por dentro de la túnica.

-Para asustar a los malos espíritus-explicó con un acento extranjero. Todos dejaron de mirarlo y entraron en el refugio a salvo del granizo.

Los que estaban al mando se saludaron y de la caña que transportaba Pascual, sacaron un mapa bastante extenso.

-Tú-dijo el capitán a José con desprecio- acerca la lámpara. Obedeció y los dos hombres empezaron a hablar, mientras los cuatro soldados tapaban con una manta y unos clavos la entrada de la puerta para proteger a los de dentro del frío. Después de un buen rato de hablar, empezaron a levantar la voz. Ninguno de los dos se ponía de acuerdo con el otro. Luego se hizo un silencio y los cuatro hombres que había en la tienda (el teniente, el capitán, Tomás y Pascual) gritaron a la vez.

Mientras, los soldados que vigilaban la entrada, reían al escucharlos discutir. José permanecía callado y sentado apartado de todos.

Uno de ellos, el más veterano en el ejército, comentó:

-Parecen niños luchando por una manzana... -pero no pudo terminar la frase. Alguien a su espalda deslizó una daga por el cuello del soldado. Sus compañeros quedaron petrificados y a penas tuvieron tiempo de gritar, antes de correr la misma suerte. En ese momento, José se levantó, se quitó la túnica y entro en el refugio. Alguien desde fuera le dijo algo en un idioma desconocido, y éste le

contestó en la misma lengua. El teniente pidió explicaciones. Entonces sacó su espada de la vaina de madera, y decapitó al capitán. El teniente busco su arma, pero antes siquiera de haberla encontrado, su cabeza caía talada por el filo del sarraceno. Pascual y Tomás estaban desarmados. Sólo transportaban las pesadas espadas de guerra, imposible maniobrar con ellas en un espacio tan pequeño. José les miró a los ojos. Veía en ellos miedo y una vida felizmente vivida. Pero el odio que producía la traición y el asesinato de sus iguales también se podía apreciar en ellos. Aun así, José se dio la vuelta, y al ir a salir de la construcción, algo le cogió del pantalón. Era Pascual.

-José, ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has hecho eso?-le dijo.

-José no. Al-queissar. Príncipe del sur, y pronto del norte.-Y sonriendo, cogió el mapa, lo enroscó, y mandó a dos de sus hombres a por la caja.

-Gracias por vuestro oro. Y por vuestras estrategias.

Montó en su caballo alazán y partió en dirección contraria a la aldea. Los dos hombres se quedaron confundidos. El charco de sangre que salía de los cuellos de sus superiores se hizo cada vez más grande, y decidieron salir de aquel lugar. La tormenta había parado por completo, pero unas nubes, unas nubes negras, presagiaban que lo peor estaba por llegar.

El cazador vaciló. Los ojos de la criatura se posaban sobre él. Era una mirada llena de ternura y que suplicaba compasión. Pero todos los ciervos le miraban de la misma forma. La cuerda del arco se separó de sus dedos y sin un gruñido de odio ni de rencor, el animal cayó al suelo fulminado.

Kobiku preparaba la cena. Había adornado el venado con sugerentes frutas y hortalizas y había eliminado el trozo del ciervo que había sido atravesado por la flecha. Lo arrojó a los perros y preparó la mesa. Esta noche no podría cenar junto a su señor como todas las noches. Hoy tenían una invitada especial, a la que Kobiku, abrió la puerta y se ofreció para cogerle el abrigo. Más que una prenda que la protegiera del frío, como pueden ser unas pieles, la mujer portaba una túnica de suave tela de color azul oscuro. Se la quitó, y los vellos rasgos de su cara quedaron al descubierto. Kobiku no la veía desde que era niña, desde que servía a los padres de Grisón y no a él.

Con una pequeña reverencia de cabeza, la muchacha aceptó su invitación para pasar dentro de la casa. No llegaría a los diecinueve años, pero sus ojos inspiraban sabiduría y madurez.

-Ojalá Grisón no meta la pata.-dijo en voz baja el criado.

Se sentó en una silla del comedor y esperó a que su huésped bajara. Grisón apareció por la puerta de la cocina con sus mejores ropas. Una camisa negra con cuello de pico, favorecía sus ojos oscuros, que reflejaban nervios, alegría, y una amistad contenida. Cuando los dos se encontraron, la chica olvidó todas formalidades que le habían enseñado años atrás, y abrazó a Grisón con fuerza. Él sonrió, Esperaba este momento desde hace ya tiempo, y no quería dejarlo escapar. Como la mesa del comedor era bastante larga, se sentaron en un

lateral, uno frente al otro. Grisón había decidido que no presidiría la mesa, y Kobiku tuvo que cambiar los cubiertos de lugar. Mientras cenaban, hablaron largo y tendido, explicaron aventuras, recordaron momentos inolvidables, y debatieron sobre temas concretos. Finalmente, cuando les sirvieron el plato fuerte de aquella noche, Grisón la miró a los ojos y le dijo:

-Te he echado de menos.

Selago, azorada, se disculpó por no haberle visitado antes, y le explicó, que su estricta educación que le robaba tanto tiempo, no se lo había permitido.

Era hija de un adinerado e influyente hombre de la ciudad, y su madre, había pasado a convertirse de una humilde pastora, a una refinada esposa. Pero todo el mundo sabía, que Vera, madre de Selago, reprimía un deseo de escapar, de sentirse libre, de rodearse de la naturaleza, y de dirigir a su pueblo en las batallas diarias. A pesar de eso, había educado a su hija, igual que se educaba a una princesa para ocupar el trono de su padre, pero todo esto siempre rodeado de naturaleza. Le había enseñado a sobrevivir en el bosque mejor que cualquier cazador, a orientarse en las noches en que la luna no atravesaba las copas de los árboles, a valerse por si misma. Le había arrebatado toda su infancia. Le había retenido en una casa en medio del bosque, sin nadie más con quién hablar, en medio de la nada. Y ahora, todo parecía olvidado. Las palabras de grison habían encendido sus mejillas y sus ojos color miel no se atrevían a posarse sobre los de su viejo amigo.

-Has seguido con el empleo de tu padre, ¿no? Eres afortunado. Tienes una forma de vivir totalmente independiente. Cualquier duque rico te envidiaría. Incluso yo te envidio.

Y se echó a reír. Grisón le acompañó. Siguieron hablando. Sobre la vida que llevaba él como herrero. Selago escuchaba con interés como su amigo, amigo de su infancia, relataba lo que le había ocurrido después de que ella marchara. El joven vió que parecía fascinada y eso le dio fuerzas para recordar el pasado. Ese duro pasado que había vivido solo, en el que había afrontado la muerte de su padre junto a su criado, en el que cada día que pasaba, recordaba el rostro juvenil de su amiga, de su única amiga.

Cuantas cosas les habían unido, cuantos momentos les habían echo inseparables. Le recordó también la tarde soleada en la que ella partió, para encontrarse hoy con él, después de siete años. Selago se emocionó. Y quiso detener la conversación que ella había empezado, pero no podía. La ternura con la que contaba su infancia era inmensa. Al fin terminó. Selago suspiró y cambió de tema:

-¿Te has enterado de la traición de aquel soldado? ¿Cómo no se pudieron dar cuenta antes? No lo entiendo.

-El ejército es algo complicado de entender, y más de explicar. Lo conozco bastante bien, ya que fabrico armas para la mayoría de soldados de la comarca. Lo preocupante no es la traición, sino la guerra que tarde o temprano desatará.

-Informaron de que se iban a reunir todas las fuerzas en un lugar del sur. No me acuerdo del nombre... -dijo pensativa.

-Tolosa. Esta batalla será la definitiva. Seguramente tendré que partir hacia allá si me convocan. Estamos arriesgando demasiado para fallar ahora. Los impuestos han subido, y Tarazona se está haciendo rica gracias a los pueblecitos de alrededor. No hay seguridad y la gente está asustada. Si la guerra termina, los impuestos bajarán, y hasta puede que algunas aldeas se hagan independientes. Hay que vencer a toda costa.

Y como Grisón dijo, las cosas no marchaban bien por la ciudad. Hubo rebeliones y muchos acabaron en el calabozo. Faltaban pocos días para que llegaran los emisarios del rey para reclutar nuevos soldados. Se habían prometido riquezas, pero la gente iba a ir a la guerra por acabar con ella. Mientras, se hablaba de traiciones, de reuniones secretas entre reyes, y de cómo las tropas musulmanas barrían todos poblados en los que encontraban resistencia.

El joven herrero salió de nuevo de caza. Se conformaba con alguna liebre, pero para eso tenía que ir hasta el bosque, y no era un camino corto. Ensilló a Zeus y partió a paso ligero atravesando el pueblo hasta los extensos campos que lo rodeaban. Después de atravesar un par de robredales coronó la pared lateral del valle, desde allí podía ver Tarazona, La Ciudad resplandecía orgullosa y segura bajo la protección de su imponente castillo. Por desgracia estaba gobernada por un duque no muy honesto, que se llenaba los bolsillos haciendo pagar a los familiares y amigos de los presos, para que los sacaran de las mazmorras en las que los había retenido con cualquier excusa. Miró algo más a la derecha. Ahí estaba la aldea donde vivía con Kobiku, el humo blanco de la herrería se veía a lo lejos. Su mayor deseo era que algún día pudiera dejar de pagar tributos a su señor. Bastante hacía con proveer de espadas y armaduras a los soldados del Duque y con herrar las monturas de los caprichosos nobles que visitaban la comarca. Solo soñaba con eso. Y por supuesto con lo que sueña todo el mundo: tener una familia feliz, sentirse afortunado, que no le falte el dinero...

-Sí señor. Están llegando muchos más refuerzos, pero aún así...

-Es imposible-se dijo el rey en voz baja-es completamente imposible que nos sigan superando en número... ¡No tengo más aliados! ¿A quién vamos a pedir hombres? ¿A quién vamos a pedir personas para que mueran en una guerra en la que no se gana nada?

-Señor, esta batalla es la definitiva. Necesitamos ganar para... -pero su rey le interrumpió.

-Sí, sí. Lo sé. Para expulsar a los musulmanes de las tierras de nuestros hermanos.

Pitarque asintió. Algo avergonzado por que su rey le hubiera tenido que levantar la voz, hizo una breve reverencia con la cabeza, y salió de la estancia donde estaba sentado el rey.

Mandó ensillar su caballo, recogió las listas, y partió hacia Zaragoza.

-Espero que aguantes-le dio a su corcel-es un duro viaje.

Y lo espoleó con más fuerza.

Sumergido en sus pensamientos, ató a las dos liebres a la silla, se echó el arco a la espalda, y emprendió el camino de regreso a casa a traves de espesura del bosque. El caballo relinchó. Lo hacía cada vez con más fuerza y se paraba continuamente. Grisón dejó por un momento de agarrar las riendas para preparar una flecha, solo un instante. Suficiente para que Zeus se librara de él. Se puso a dos patas y Grisón perdió el equilibrio. Antes de que su corcel lo abandonara en medio del bosque, pudo apreciar en sus ojos miedo y desesperación. No había nada que temer, llevaba su arco, su carcaj y su daga. Exceptuando que la noche empezaba a caer, y la visión del herrero comenzaba a desvanecerse hasta no distinguir un árbol de otro. Ya no estaba tan aturdido como antes, al caer del caballo se había mareado algo.

No sentía miedo, Aunque el bosque respiraban en un sepulcral silencio y tenía un aspecto tétrico y sombrío.

Entonces, agarrando con fuerza su arco, lo oyó. Un aullido escalofriante rasgó el silencioso bosque. Sonó cercano, más de lo que él esperaba. A unos pasos de él, unos ojos amarillos brillaban entre los matorrales.

El caballo del mensajero del rey aflojó el paso. Su dueño lo seguía espoleando igual que cuando habían salido, pero había perdido dos herraduras y la parte de arriba de los cascos sangraba dolorosamente. Encima, su dueño se debatía entre el sueño y el cansancio. Los latigazos que había asestado al animal lo habían herido, dejándole unas espantosas marcas rosas en su pelaje gris. A Pitarque le pesaba el brazo, cada vez más. Llevaba toda la semana viajando, llevando y trayendo informes y listas sobre las nuevas incorporaciones que el ejercito había hecho, ahora por fin llevaba las listas a Tarazona, su ciudad Natal. Soñaba con un buen trago de vino, le dolía la espalda y estaba deseando acabar con todo aquello. Cuando la puerta de la muralla se abrió, suspiró aliviado.

Nada más entrar en la ciudad se formó un alboroto de gente que quería saber si sus nombres estaban en las listas y le preguntaron a él, pero ni se había molestado en mirar los nombres, excepto uno, el de su amigo y herrero: Grisón.

Entregó las listas en el ayuntamiento de la plaza, y busco la calma de su viejo hogar.

Al día siguiente iría a visitar al herrero.

La primera flecha falló. No se lo podía creer, llevaba toda la vida practicando tiro para ocasiones como esta y ni había rozado el blanco. Salió en buena dirección, y con la máxima velocidad alcanzable, pero con un salto despreocupado, el animal se echó a un lado y le volvió a enseñar los dientes. Entonces volvió a tensar la cuerda con otra flecha que alcanzó al animal en la

pantorrilla. Gimió de dolor y retrocedió, pero con un aullido-que Grisón interpretó como una llamada- salió corriendo. Respiró aliviado, aunque la tranquilidad no le duró demasiado, otras bestias le rodearon y no eran ni una ni dos, una manada entera le hacía un corro entre la maleza. Grisón intentó no perder los nervios y empezó a disparar.

Las flechas salían una detrás de otra, y los lobos caían fulminados poco a poco. Falló bastantes veces, la oscuridad no le permitía hacer maravillas, pero unos seis lobos fueron barridos. Los demás gruñeron y se abalanzaron contra él. Le dio tiempo a desenvainar su daga y repeler el primer ataque con un golpe limpio, pero el siguiente le rasgó la camisa, el siguiente le mordió un brazo, y el siguiente le tiró al suelo. Había perdido el arma, y ni siquiera la veía. Sólo veía colmillos manchados de sangre bañados por la macabra luz de la luna.

Selago se empezaba a inquietar. Había quedado en cenar con él esta noche en su casa. Había preparado cautelosamente la cena ella misma. El menú era variado, pero si no tenía nadie con quién compartirlo habría perdido el tiempo. Las velas del candelabro que iluminaban la estancia se fueron derritiendo con el paso de los minutos, interminables minutos que pasó nerviosa y confundida. ¿Se había enfadado Grisón por algo? No le había dado motivos.

Cuando la mecha de la última vela que permanecía encendida se iba a desvanecer, alguien abrió la puerta de la modesta casa que había comprado para vivir durante una temporada. El fuego se extinguió por las corrientes de aire que entraron y la habitación quedó a oscuras. Creyó por un instante que era Grisón. Pero el campesino encendió una lámpara de aceite.

-Me dijo que la encontraría aquí. Por favor, sígame.

El hombre la guió a través de las calles de Tarazona. Cuando cogieron un camino que se desviaba de la ciudad, tomó como referencia la torre de la iglesia, el edificio que mejor se apreciaba a pesar de la poca luz que emitía la luna. Llegaron a una cabaña. Estaba a las entradas de un pueblecito, más bien una aldea. Lo había visto antes, era allí donde él tenía la herrería. Grisón yacía en la cama, con el torso vendado y los ojos cerrados.

-Se recuperará. – dijo el campesino. Y no muy convencida se arrodilló para velar el sueño de su amigo.

Los días pasaron lentamente. Todos los hombres capaces de levantar una espada habían partido hacia el sur. Los monjes del monasterio de Veruela anotaban en sus preciosos libros como fue el día en que la ciudad se quedó desprotegida e indefensa.

Mientras, Grisón se recuperaba poco a poco. Selago le apretaba la mano de vez en cuando, dándole fuerzas.

Pasó una semana hasta que abrió los ojos. Se encontraba en una cabaña de madera. Estaba bastante descuidada y las hojas de las enredaderas se habían abierto hueco entre los adornos de la chimenea, con troncos que no encendían

muy bien. Había un espeso olor a húmedo que adormiló más a Grisón. A parte de todo eso, era bastante acogedora. También olía a comida. Uno de los cuencos que había en la repisa de la chimenea contenía un caldo de ave que el herrero comió ferozmente. Fuera, en una silla y contemplando el paisaje, estaba el campesino que muchas veces había marcado su ganado en el puesto de Grisón.

-Su madre las ha convocado, -le dijo sin apartar la vista del bosque-si estás en condiciones deberías ir. Los musulmanes han enviado mensajeros, van a atacar pasado mañana, y los hombres no van a volver hasta que finalice la guerra.

-¿No van a volver? ¿Dónde...?

Echó a correr. Su nombre aparecía en las listas de hombres convocados y había fallado a Tarazona, su ciudad al no ir a aquella batalla.

Todo estaba desierto. Las campanas emitían sus sonidos de siempre, pero a las ancianas que salían de la iglesia se estremecían cada vez que replicaban. El mercado estaba vacío, las ventanas cerradas, y el único rastro de vida venía de una taberna en la esquina derecha de la plaza mayor. Grisón podía distinguir las distintas voces, todas femeninas que guardaban silencio cuando la madre de Selago hablaba. El tono de Vera era amenazador, y cuando entró en la tasca, todo el mundo se giró hacia él excepto ella.

-Si no eres un moro, lárgate. Si lo eres, dile a tu rey que se retire, no voy a entregar esta ciudad.

Vera pensaba seguir hablando, pero su hija abrazando al herrero no la dejó seguir.

Después de preguntas de preocupación, de saludos, y de tomarse un vaso de vino, fueron al grano. Al parecer todo el mundo capacitado para la guerra había partido. No quedaba nadie para luchar, y los musulmanes se preparaban para asediarlos.

Hubo varias ideas, todas parecían buenas, pero al final, Vera, que parecía ser la que estaba al mando, escogió por coger todos los suministros que se pudieran y defender como pudieran. Así que, con una perfecta organización, la mitad del pueblo salió a arrasar las huertas y campos mientras Grisón exponía las técnicas de ataque que conocía.

Los musulmanes dejaron de ser imprudentes y de espiar sin ningún cuidado cuando una muchacha de apariencia indefensa, tiró del caballo a un explorador de un pucherazo y le robó las armas, la armadura y el rocín.

Las marmitas y cazuelas se fueron dejando sobre pequeñas piras de madera junto a las murallas, en la hora del ataque el aceite herviría en ellas. Nadie tenía aspecto cansado, nadie parecía asustado. Esperaban la batalla con ganas, como si de una experiencia nueva se tratara.

Los musulmanes se fiaron mucho cuando mandaron cuatro soldados para derribar los portones. A base de piedras les hicieron huir. Al-queissar estaba

asombrado por la buena organización de las mujeres. Dejó escapar a una muchacha que se dirigía hacia el sur para anunciar de las intenciones de los musulmanes, no le importaba, los soldados no llegarían a tiempo.

La noche era silenciosa. Los animales de los bosques cercanos no emitían sonido alguno, y el sonido del agua del Queiles era lo único que se podía apreciar. Las mujeres que hacía la guardia de noche escuchaban las palabras de Grisón: -No son demasiados. Unos trescientos hombres de infantería y arqueros. No tienen caballería, así que no nos será muy difícil ganar si nos organizamos bien. Por suerte parece que nos han subestimado. Ellas decían que si a todo, pero se podía ver en sus miradas la inseguridad y el miedo que rodeaba la ciudad. No era el temor de enfrentarse a los hombres, era el miedo de perder todo lo que habían construido con tanto esfuerzo.

Las últimas jóvenes llegaron de recoger las hortalizas y el ganado que se les había mandado traer. Las puertas laterales que habían permanecido abiertas se cerraron. Todo hacía indicar que aquella noche se produciría el asalto. Esperaban impacientes que Selago volviera pronto con los hombres que luchaban en el sur.

Todas las mujeres, las del turno de día y de noche estaban despiertas, esperando cualquier señal para cubrirse de un manto de flechas o para bajar a reforzar la puerta principal con los troncos que quedaran. Grisón no estaba nervioso. La baza fundamental para un asedio eran las catapultas y aquella mañana sus improvisadas espías, le habían confirmado que el enemigo carecía de ellas.

El primer grupo de arqueros se arrodilló clavando la pierna derecha en la tierra seca. Sacaron la flecha del carcaj mientras el segundo grupo se arrodillaba detrás de ellos. El tercero dispararía de pie. Las antorchas que iban encendiendo las flechas goteaban sobre las armaduras de los soldados. Todos esperaron la señal de Al-queissar levantó el brazo y al instante todas un enjambre de flechas surco el aire.

Las mujeres lo habían visto venir, y se pegaron a las almenas de piedra que las protegerían. Cuando ya no caían más, recogieron agua con cubos para apagar el fuego. Los techos de paja ardían a gran velocidad, y los caballos que no se habían llevado los hombres fueron sacados a tiempo de los establos. Al no ver más fuego dentro de la ciudad, se arrimaron a las murallas de nuevo. Las que preparaban las hogueras para hervir el aceite, usaron todos los suministros de madera que habían recogido anteriormente. Los pucheros fueron repartidos, y Grisón recogió su arco después de asegurarse de que las flechas musulmanas no habían dañado a nadie.

El príncipe musulmán mandó al primer escuadrón de hombres hacia las murallas.

Unos iban con escaleras, que clavaron en el suelo para subir por las murallas. Otros intentaban derribar la puerta a golpe de tronco de pino. Las mujeres recogían en sus cazos el aceite hirviendo y los arrojaban a la cara de los que subían por las paredes. Con gritos de dolor, estos caían aplastando a los de abajo. Después de varios intentos de conquistar Tarazona de ésta manera, toda la fuerza enemiga se centró en la puerta principal, que temblaba con cada golpe del improvisado ariete. Uno de los asaltantes uso su espada para abrir un pequeño hueco en la madera, Grisón lo uso para disparar flechas a través de él. Los cuerpos de los soldados que Grisón asesinaba iban amontonándose unos sobre otros, y los enemigos que empujaban hace un rato, se veían obligados a retroceder para no ser alcanzados por el arco. Las mujeres arrojaban el aceite a los que intentaban huir, y ningún soldado musulmán regresó ileso al campamento instalado por Al-queissar. Les habría gustado bastante esperar unos días para que llegaran refuerzos y les resultara más fácil conquistar la ciudad, pero a la vez que llegaban más tropas musulmanas también llegarían más refuerzos Aragoneses.

El segundo pelotón atacó al día siguiente, también de noche. Las mujeres estaban despiertas, pero nadie vigilaba las puertas laterales. Entraron por ellas sigilosamente, hasta que fueron alertadas por los ladridos de los perros. Eran unos quince hombres. La mayoría fueron abatidos por la espada de Grisón, a los demás los acorralaron, y amenazándoles con quemarles la cara, consiguieron atarlos y encerrarlos en los calabozos del castillo.

Al-queissar se desesperaba. Ya no veía forma de entrar, y él no quería arriesgar su vida. Comenzaban a recoger las tiendas de campaña, cuando la muchacha que cuatro días atrás había partido hacia el sur, fue apresada por sus hombres. La chica de pelo rubio se mostraba agresiva, y fue imposible comunicarse con ella. Agarrando un cuchillo, el príncipe desgarró un mechón de su pelo y lo mandó llevar a la ciudad.

Cuando recibieron el trozo de cabello, se derrumbaron. Vera no se podía dejar ganar. Tampoco podía perder a una hija. Grisón sentía un profundo afecto generado por años y años de amistad. Todos sabían que si atacaban otra vez, nadie se atrevería a defenderse por miedo de que le pasara algo.

Cruz estaba decidida. Sino iban ellos iría ella. Así que esperó a que cayera la noche para coger dos varas y salir corriendo hacia el campamento musulmán. Si iba en caballo la podrían oír, así que ocultándose entre las sombras llegó a la ladera ocupada en menos tiempo del previsto. Una tienda de campaña se diferenciaba de las otras. Era más alta, estaba más limpia, y la tela, color rojo sangre brillaba en la oscuridad de la noche. Aunque no veía muy bien, pudo ver las tumbas de los hombres caídos en batalla. Se escondió detrás de la tienda de campaña, y con un cuchillo, intentó romper la tela. Pero era muy gruesa, así que la única opción era la puerta. La entrada estaba franqueada por dos hombres. Estaban tumbados y por suerte dormidos. Despacio, salió de su escondite, pero se ocultó de nuevo ya que alguien salió de la tienda. Los dos hombres se levantaron

e hicieron una reverencia. Al cabo del rato, se volvieron a dormir. El interior de la estancia se distinguía desde fuera. Las telas habían sido mal cerradas y un olor a incienso lo inundaba todo. Se abrió paso entre los dos hombres, y sorteando una cachimba, se arrodilló al lado de su amiga que estaba atada en el suelo.

Tuvo que cortar la mordaza ya que no había manera de aflojarla.

-¿Estás bien? ¿Te han tocado?

-No. No me han hecho nada. No me entienden, llevo aquí todo el día, vigilada por el hombre que ha salido hace un rato. Tiene que estar a punto de regresar, será mejor volver.

-Pero el hombre entró de nuevo en la tienda sin darle tiempo a Cruz de esconderse. Tiró la jarra de barro llena de agua al suelo que se rompió despertando a todo el campamento. Antes de que el musulmán de potente barba se abalanzara sobre ella, desató a su amiga, y le entregó su arma. Las dos manejaban la vara a la perfección. Estaban perfectamente equilibradas y asestaban unos golpes secos, como el que recibieron todos los hombre que entraban en la tienda. Esquivaban las pesadas espadas, y, cuando una de ellas rasgó la tela de arriba a bajo, aprovecharon para huir. Corrieron hacia el campamento, pero Cruz, que iba detrás, cayó de pronto al suelo. Una flecha atravesaba su nuca, y el corazón le dejó de latir a manos de su amiga. En esos momentos, cuando los soldados se acercaban, la tierra empezó a temblar. Las banderas de rayas rojas y amarillas aparecieron por detrás de Tarazona, rodeando la ciudad. Un grupo de caballeros armados con lanzas, se aproximaba galopando hacia donde Selago lloraba. Cuando la levantaron de suelo, vió como los musulmanes corrían como podían intentando escapar de los Turiasonenses. El hombre que la levantó, irradiaba valor. El señor, de barba blanca y ojos nobles, le dijo:

-Habéis resistido. Habéis cumplido con vuestro deber. Ahora, nos toca a nosotros.

Y el campamento moro fue barrido del mapa. Las mujeres abrazaban a sus maridos e hijos y Selago se sentía feliz por haber sido arropada por el rey. La guerra terminó, con afortunadamente sólo la baja de Cruz en la comarca. En su honor, una aldea donde se enseñaba a montar a los soldados fue independizada. La llamaron Cruz. Otra algo más grande recibió el nombre de la mujer que estuvo al mando del ejército de pucheros y cazuelas. Vera se instaló allí humildemente, defendiendo a las mujeres de cualquier peligro que las rodeara. Grisón, junto a Selago, se instalaron donde él tenía la herrería. Al no ponerse de acuerdo con el nombre que les habían hecho elegir para la aldea, partieron los suyos en dos, quedando como resultado Grisel.

Las riquezas de estos pueblecitos aumentaron con los años. Muchos más pueblos se habían independizado, manteniendo relaciones con Tarazona a través del mercado y gracias a las diversas ferias que ahí se celebraban.

Al-queissar, por su parte, se exilió en el desierto marcado de por vida. La vergüenza del haber sido derrotado no tenía comparación con la de haberse fiado y traicionado a su pueblo. En cambio, sólo se le conoce, como el hombre que lo perdió todo, por subestimar a un grupo de mujeres. No mujeres cualquiera, sino Aragonesas.